

## EL CICLÓN CARMEN EN CHETUMAL

El domingo uno de septiembre de 1974 Chetumal y zonas aledañas del sur de Quintana Roo, sufrieron el embate del Carmen, ciclón que empezó a formarse en las islas de Cabo Verde, desde más de una semana antes. Inexorablemente se fue acercando a la costa, sin nada que lo detuviera.

Estábamos de vacaciones, alojados en casa de mi cuñada Dinita, ubicada en la calle Emiliano Zapata, en la colonia las Casitas, ahora Venustiano Carranza. Fuimos invitados por la familia Amaro Ríos, para pasar el huracán en su casa, puesto que la nuestra, aparentemente endeble, fue construida como otras de la misma colonia, con maderas de la región, después del Janet, para albergar a los damnificados que perdieron sus hogares, con el paso del meteoro.

Mi suegra Josefita, tía Dina, y Dinita, junto con Chanita y mis hijos se fueron para allá a no más de tres cuadras, mientras nos quedamos mi cuñado Samuel y yo para cuidar de la casa y evitar probables vandalismos. Eso fue como a las ocho de la noche. Estuvimos escuchando las noticias en la radiodifusora local XEROO. De improviso se fue la señal y me lamenté no traer mi radio multibanda, con el cual hubiera podido sintonizar los partes meteorológicos en onda corta, procedentes de la ciudad capital de Belice.

Para apaciguar los nervios me recosté en mi cama, mientras Samuel hacía lo mismo en su hamaca.

Poco tiempo después llegaron a buscarnos, aduciendo que no tendría caso arriesgarnos de ser lastimados por el ciclón o por vándalos, fuimos con ellos a casa de la familia Amaro. Ya se empezaban a sentir ráfagas fuertes de aire

En la sala, en un aparato de televisión a color, muy grande para esa época, se transmitía el programa "Siempre en domingo". No sé si por la relación directa con el evento que estábamos viviendo, se me quedó grabada en la memoria la actuación de José Alfredo Jiménez, última vez que fue visto en público antes de perecer. Terminando, Raúl Velasco pidió a los televidentes que se orara por Chetumal, porque iba a ser impactada por el fenómeno meteorológico en la madrugada, que ya se estaba haciendo notar con las ráfagas de viento que iban cobrando mayor fuerza y velocidad. En ese momento se fue la señal de televisión y optamos por prender los radios de batería.

Fui a la habitación que se nos destinó y de inmediato tomé posesión de una cama y como no quería sufrir cuando mi sistema nervioso se alocara, cerré los ojos intentando meditar y me dormí

Un sonido muy fuerte proveniente de la ventana, coincidió con la entrada de un madero volante, como un peligroso proyectil, el cual cayó entre Ileanita que dormía en una camita a mi lado, y yo. Eso me decidió a levantarme para cerrar como pude la ventana y capté que el pedazo de tabla provenía del inmenso letrero de propaganda, de la estructura de madera, ubicado arriba de la tortillería de enfrente, que estaba siendo desmembrado en mil pedazos y nosotros nos sacamos la lotería con recibir una parte, por estar muy cerca. Mi reloj marcaba las cuatro de la mañana y ya estaba bastante claro.

Regresé a la sala y me encontré a todo mundo despierto. El único que había podido dormir era yo. Chanita se acercó y me dijo en voz apenas audible:

---Ayúdame porque voy a salir --- dijo muy decidida.

---¿Estás loca, mi amor? El aire está muy fuerte. El ulular demuestra su potencia ---expliqué---. Ya viste la madera que entró por la ventana que fue capaz de romper la estructura del protector de metal.

---Es que el baño está ocupado y yo quiero hacer pipí. Hace rato que estoy aguantando.

---Por favor aguántate un ratito más.

Ni me contestó. Tomó la manija de la puerta ventana y girando la cabeza de izquierda a derecha, intentó caminar hacia afuera, y al abrir salió volando hacia atrás y cayó sentada sobre un costal de azúcar. Corrí hacia ella para auxiliarla.

---Fuera del tremendo susto, no tengo nada ---dijo tocándose todo el cuerpo. Estoy bien. Ya me voy a aguantar las ganas --- dijo temblorosa. Al acercarnos a la puerta para cerrarla, vimos elevarse materialmente un árbol de buen tamaño, que parecía de guayaba, fue arrancado de raíz. Nos vimos a los ojos y espantados la cerramos completamente.

Como cada quién rumiaba su miedo, este hecho pasó desapercibido. Gaby, la hija mayor de los anfitriones salió del baño y los dos nos metimo a él.

Hasta el momento de salir, me di cuenta de que estábamos alumbrados por un sinfín de velas y sin querer, me recordé la iglesia de San Antonio, allá en San Cristóbal de las Casas, cuando la única iluminación de la nave es por medio de las puertas de entrada frontal y lateral y el altar y zonas cercanas en el piso, llenos de velas prendidas, como lo recuerdo. Había velas en varias partes de la sala, en la mesa del comedor, sobre el órgano, en los marcos de las ventanas. En fin, por todas partes, que daban sensación de calor, con una iluminación amarillenta, oscilante. Me asomé a una ventana de madera, con persianas estilo Miami y pude ver la cochera y descubrí que el origen del ruidero de láminas procedía de mi volcho, tratando de defenderse del embate del huracán y de los carros vecinos, pues todos estaban siendo zarandeados, a más no poder.

De primera intención quise salir y lo explayé. No me dejaron hacerlo. Me conformé al ver que todos los carros se movían en todas las formas: Parecían tener parkinson. Para no aburrirse unos y otros estaban acechando (término peninsular muy usado como sinónimo de observar de manera sutil). Reí para mis adentros por mi definición de asechar.

Uno podía escoger para luego observar (gustar) la actividad eólica por la ventanota que daba al patio en que mi esposa quiso salir. La variedad de objetos volando unos hacia el exterior y otros.. Llegando de quién sabe donde, entretenían la vista, el cerebro y el corazón Los que veían por las persianas de la ventana que daba a la avenida Carranza pudieron ver a unos raterillos que huyeron de los soldados, cuando los pescaron tratando de robar la tienda de don Calán, en la contraesquina

En un momento dado doña Chuchi Ríos, la señora de la casa, invitó desde la puerta de la cocina hacia el comedor.

---Hay galletas de soda ---dijo---. Con confianza Pueden sacarlas de la lata. También hay cheez whitz para untar las galletas. También está el ovaltine para que lo preparen con agua o leche Rainbow. Sírvanse, por favor. Recuerden que las penas con pan son buenas.

---¿Podemos servirnos? ---preguntó Chusín.

---Claro que sí, Chusín---intervino Silvia---. Como dice mi mamá: Esta es su casa.

Chanita y yo nos acercamos a la mesa y comenzamos a untar queso en las galletas, poniéndolas en platos.

Mi cuñada Dina entró al quite, preparando jarras de refresco con ovaltine, ayudada por Gaby.

Doña Chuy, mamá Josefita y tía Dinita, sentadas a la mesa, departían con gozo, quizá en esa forma soslayaban la magnitud del problema, pues involuntariamente llevábamos sobre los hombros, la carga de nuestras emociones.

El permanente sonido como del ulular de sirenas de ambulancias, nos obligaba a hablar en voz alta y nadie se percataba de ello.

Me acerqué a donde estaba un radio portátil grande y subí un poco el volumen de la emisión. Y alcancé a escuchar. Era Radio Belice alertando a la población para que extremaran sus precauciones, asegurando todo lo que pudiera volverse proyectil de carácter mortal, pues con la fuerza del huracán, ya bautizado como Carmen, había ascendido a la categoría cuatro en la escala Saffir Simpson, cuyos vientos eran de 130 millas, con rachas de 140, o más, dato confirmado por el Centro Nacional de Huracanes de Miami.

Nuestro airoso visitante estaba acercándose a Chetumal a baja velocidad de traslación, pero los vientos sostenidos eran de más de 240 por hora.

Eso explicaba el incremento del sonido del aire y del volar de objetos, muchos de los cuales chocaban contra la puerta principal y las ventanas, así como las paredes. Ese golpeteo como de un insistente toquido alteraría a cualquiera que nunca hubiera tenido ninguna experiencia con este tipo de fenómenos meteorológicos, pues si nosotros lo sentíamos muy fuerte aunque no lo expresaran nuestras facciones, sí nos dominaba la inquietud.

---¿Qué dicen los beliceños? ---preguntó doña Chuy---. Porque tus expresiones demuestran mucho nerviosismo, muy superior al que mostrabas antes de escuchar la transmisión.

Traté de mejorar la compostura y expliqué usando los términos más accesibles de acuerdo a la información obtenida de Radio Belice. Me cuidé mucho de no decir las cantidades exactas procurando maquillarlas para no asustarlos o crear pánico. Procuré que mi cara tuviera una expresión de seguridad. Y llovieron las preguntas

---¿Qué categoría es? ---quiso saber el señor de la casa.

Mi mentira piadosa no haría daño a nadie y sí tendríamos muchos beneficios porque estaríamos más tranquilos. Se tragarón mi versión de todos los detalles.

Con la luz del día se apagaron todas las velas. El humito característico de los pabilos al ser apagadas las llamas, se hizo notar y ahora evoqué mi entrada a la iglesia del Señor de Tila, en Chiapas, engalanada por la fiesta del pueblo.

Sentí que mi mente estaba divagando en un intento para distraer mis inquietudes y esa experiencia me llevó a razonar que necesitaba disipar el estrés acumulado.

Sé me ocurrió el juego grupal de “un barco cargado de”, muy usado en Chiapas en las fiestas familiares. Se lo propuse a Dinita y ella inmediatamente organizó el proceso. Nos ubicó sentados formando una rueda que abarcaba toda la sala. Explicó en qué consistía el juego y decidimos en conjunto que serían palabras que empezaran con la letra “A”. Trajo una pelota de los chamacos y puntualizó que antes de lanzarla, debía uno decir: \_Un barco cargado de”, y la lanzaría a quién quisiera uno que contestara la pregunta, que debería decir una palabra que empezara “ A”

. El que recibía la pelota la lanzaría a su vez a alguien para que contestara y así sucesivamente. Quien no contestaba o se tardaba más de cinco segundos se ganaría una sanción y si cometía dos sanciones cumpliría su castigo cantando o bailando, declamando, contando un chiste, etc. Logramos hacerlo y todos nos divertimos con la actuación de los castigados.

La actividad fue un gran éxito, y nuestro interés cobró vuelo. Las risas, y demás muestras de alegría entronaron en el corazón, pues el objetivo lo estábamos logrando al minimizar de nuestras mentes los efectos del meteoro.

El ruido muy fuerte de la puerta me volvió a la realidad: ¿Eran objetos chocando contra ella o alguien tocaba? Era el vecino indicándonos que en un rato podríamos salir, pues el viento ya había amainado bastante.

Hicimos otra ronda de juego y disfrutamos con los cantantes declamadores bailadores, etcétera, que pagaron su precio por olvido o distracción.

El tiempo transcurrió sabrosamente y pudimos abrir la puerta.

Se podía percibir que en Chetumal se había celebrado una batalla campal entre las fuerzas de la naturaleza y la avenida Venustiano Carranza, era una muestra patente de lo ocurrido, pues encontraba uno de todo.

Probé con mi coche. El motor encendió fácilmente. Como mi cancerbero, siempre fiel. Para ir a ver nuestra casa di muchas vueltas para poder llegar a ella, aunque estaba cerca, había muchos obstáculos que impedían el paso.

Nuestro hogar estaba intacto salvo dos láminas del techo, curiosamente del lado de mi recámara.

Regresé a casa de los amigos Amaro y se los conté. Dimos gracias a Dios por su protección y me llevé a Chanita conmigo a la casa, acompañada de Jorgito y Samuel para que me ayudaran.

Entramos a revisar los excesos y .las faltas.

---Cuñado, aquí en el patio hay una laminota ---- dijo Samuel al regresar ---. ¿Qué hago con ella?

---Déjala ahí pues nos va a servir, y para subirla, aprovechando el viaje, busca una escalera.

Al ratito muy obediente Samuel llevó una escalera del vecino.

---Sólo encontré esta, si te sirve. ¡Ah!, Dice el vecino que en el patio de atrás vio la lámina que te falta.

No lo pensé dos veces y aprovechando la habilidad con las relaciones humanas de mi esposa, me la llevé para hacerla de mediadora y efectivamente nos encontramos con la persona dueña del

predio, intentando llevárnosla. Reconoció que nos pertenecía, porque la vio despegarse del techo de la casa para caer en su terreno. Le agradecemos su apoyo y batallamos para subirla a la canastilla del volcho y sosteniéndola con las manos, muy despacito regresamos a nuestro origen Jorgito y Samuel la llevaron al traspatio.

Usando la escalera y después de mil peripecias pudimos subir la primera. Mis ayudantes me fueron pasando corcholatas, clavos y el martillo y empecé la parte superior dónde está el puente del caballete, pues era de dos aguas, para que después atravesara un pedazo de lámina como guarda de que el agua no se colara dentro y sí conservara el diseño original.

Mientras trabajaba acostada mi figura en el techo, todo iba bien, hasta que el viento comenzó a arremeter y se produjo una llovizna parecida al chipi chipi, pero bastante fuerte, tanto que me mojó hasta los huesos. Él frío y la humedad me impelían a dejarlo todo.

---¿Falta mucho cuñadito? ---escuché la cantarina voz de Dinita.

---Sólo el fundillo y las dos piernas, cuenta tu mamá, cuando platica el cuento del sastre. Necesito un poco de trago para aguantar la mojada. Me urge. Pues me estoy orinando.

---Espérame un ratito ahorita regreso voy a casa de Chuchi.

No me dio tiempo de pensar y seguí tratando de no congelarme, pues estaba ensopado.

Mi cuñada demostró que había corrido el maratón, porque no se tardó mucho tiempo en regresar. Subió en la escalera y me dio una botella con un poquito de buen whiskey, como para tres tragos, que de inmediato trasegué.

El calor y el ánimo volvieron a mi cuerpo y en muy poco tiempo terminé el trabajo y me bajé para bañarme.

Entretanto el aire insistía en estar presente y según lo comentaron los expertos del barrio, estábamos sufriendo los efectos de la cola del ciclón el cual iba de salida.

Al terminar los arreglos en la tarde varios de la familia fuimos a Punta Estrella y nos dimos un chapuzón, pues en casa y en muchas más no había agua.

Al otro día, después del desayuno fui con Chanita al Banco de Comercio y tras mil vueltas y ruegos, logramos que me dieran cien pesos de mi cuenta de ahorros. No permitían más. Fuimos a casa y nos despedimos con una oración y subimos a los chamacos al coche.

Ya en la carretera a Escárcega, en conciliábulo familiar, reconocimos que las gentes de Chetumal son como los pájaros, pues aunque les destruyan sus nidos, los vuelven a construir cuantas veces sea necesario.